

«Dios es amor» (1 Jn 4,8).

Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad.

Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor.

Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra

la orientación de su vivir y de su amar.

(BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, Ciudad del Vaticano 2006, n. 12).

**“Cuando sea levantado en alto, atraeré a todos hacia mí”** (Jn. 8,27)

*“Dios mandó su Hijo al mundo para que el mundo se salve por él. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el Nombre del Hijo único de Dios. Y el juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras. Pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según. Juan 3, 14-21.*

Así, como en el sistema planetario, todo gira alrededor del sol, en el orden de la gracia, todo gira alrededor de la gracia de la Cruz de Cristo, el Sol de justicia.

Nada hay en el mundo más grande que Jesucristo, y nada hay en Jesucristo más grande que su Cruz:

- En Ella Dios nos bendijo *con toda bendición espiritual en los cielos* (Ef 1,3);
- en Ella Dios nos *eligió antes de la constitución del mundo* (Ef 1,4);
- en Ella Dios nos *predestinó a la adopción de hijos suyos* (Ef 1,5);
- en Ella Dios nos *otorgó gratuitamente la riqueza de su gracia que sobreabundantemente derramó sobre nosotros* (Ef 1,6);
- en Ella *tenemos la redención por su Sangre, la remisión de los pecados* (Ef 1,7);
- en Ella *recapituló todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra* (Ef 1,10);
- en Ella *hemos sido declarados herederos* (Ef 1,11);
- en Ella *somos alabanza de su gloria* (Ef 1,12).

## ***“...llegaron a matar colgándole de un madero”***

En el libro del Deuteronomio, capítulo 21, versículo 22, se nos dice: *“Maldito el que cuelga de un madero”*. En la cruz, Cristo era insultado y escupido. La cruz formaba parte del escándalo y el espectáculo entre los judíos y romanos. Nosotros, los que nos llamamos cristianos, discípulos de Cristo, hemos hecho de ese espectáculo causa de salvación.

La iconografía al representar un momento del misterio de la muerte del Señor, no sólo ha de dar a conocer la imagen, lo sucedido históricamente, sino que ha de mostrar todo el poder de su contenido, de su mensaje. *“La Buena Muerte de Jesús es causa de su crucifixión y esta se produjo en la elevación de su cuerpo. De esta forma, elevado, nos ha rescatado, de la maldición divina, anteriormente expuesta en el libro del Deuteronomio y la ha trucado por causa de bendición para todos, como dice San Pablo en la carta a los Gálatas 3,13.*

El libro de los hechos de los apóstoles, nos indica también esta forma de entrega hasta la muerte y una muerte de cruz (Hch 2, 23): *“a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros le matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos; éste, pues, Dios le resucitó librándole de los dolores del Hades”*. Haciendo también en otro lugar del mismo libro del Nuevo Testamento (Hch 10,39), descripción de la posición correcta de la crucifixión: *“y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén; a quien llegaron a matar colgándole de un madero.”*

San Pablo coloca el momento del Cruz, en un devenir de la historia, cuya preparación se muestra en los arquetipos del Antiguo Testamento. El apóstol saca a referencia algunos de estas imágenes, por ejemplo en la frase: *“si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida” (I Cor 15,32).*

San Pablo está haciendo presente el recordatorio del primer madero, el árbol del paraíso, del cual comieron Adán y Eva, es para el apóstol antítesis de la cruz del Señor. El del paraíso es un árbol frondoso, cuyo fruto se va a convertir en maldito. Es el comienzo del pecado. Sin embargo frente a él, en el tiempo, se encuentra el árbol de la Cruz. Al contrario que en el del Génesis, aquí vemos sacrificado el fruto en dos ramas secas, dos maderos, que pronto la sangre de Cristo, savia de este fruto sacrificado, derramada por estos leños, a hacer brotar la vida. Cristo es el nuevo Adán.

El primero secarse, sus raíces mueren y se puede arrancar de la tierra, es inservible. El segundo árbol, la Cruz, árbol de la vida, está brotando y sus raíces van creciendo por toda la tierra. Si por lo cual San Pablo considera a la Cruz, como el árbol de la vida, éste como árbol que es debe estar clavado en tierra y vértice al cielo.

## **La Cruz, elevación a la Gloria.**

En el evangelio de San Juan, la Cruz no es ya el patíbulo de la humillación y escarnio de Jesús, sino que nos la expone como el triunfo de Dios. El amor de Dios, se ha manifestado en el mejor de los “escenarios”, la Cruz. Expuesto elevado para ser contemplado en toda su realidad. Y precisamente también aprovechando esta imagen de elevación del crucificado, San Juan Coloca a sus pies a María la Virgen y a San Juan. La bajada de la cruz será sólo un descendimiento del cuerpo que la Madre acogerá en sus brazos.

El evangelista, nos presenta la Cruz como el momento y circunstancia de la exaltación de Jesús al cielo, muestra el momento en el que el Hijo del hombre va a ser elevado: *Les dijo, pues, Jesús: «Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy, y que no hago nada por mi propia cuenta; sino que, lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo. (Jn 8,28).* El Yo Soy, es el nombre de Dios, significado de la Palabra Yavhé. Según este pasaje de Juan, Jesús nos indica que la mejor expresión de que en él se manifiesta Dios, es en el momento de la exaltación en la Cruz.

### ***“Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre***

“Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre para que todo el que cree en Él tenga vida eterna”. Probablemente Nicodemo no comprendió a fondo lo que Jesús acababa de revelar, si bien algo habrá podido intuir. Respecto a él nosotros somos privilegiados, porque estamos en condiciones de captar mejor el significado de las palabras del Señor.

Alude Jesús a la serpiente de bronce que Moisés hizo erigir en el desierto. Sucedió cuando los judíos, cansados ya de tantas tribulaciones, comenzaron a murmurar contra Dios y contra Moisés: “¿Por qué nos habéis hecho subir de Egipto para morir en el desierto?”. Dios, indignado, envió contra el pueblo terribles serpientes, muriendo mucha gente de Israel. Entonces recurrieron a Moisés para que intercediese por ellos delante de Dios.

Conmovido por la súplica del caudillo, el Señor le mandó hacer una serpiente de bronce y colocarla sobre un poste. Y cuando alguien era mordido por una víbora le bastaba con mirar la imagen de bronce para evitar la muerte. Fue una manifestación del poder de Dios, capaz de librar de todo mal. Y ahora el Señor se aplica a sí mismo la imagen de la serpiente del Antiguo Testamento: también Él será elevado en el mástil de la cruz, de manera parecida a la serpiente de bronce y con efectos similares.

En ese sentido, la crucifixión de Cristo no tiene solamente un aspecto doloroso sino que es, a la vez, el comienzo de su glorificación. Según lo consigna el evangelista San Juan, autor del Evangelio de hoy, el mismo Señor dijo en otra ocasión: “Cuando hayáis elevado al Hijo del hombre, entonces, sabréis que yo soy”. Y también: “Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”. La “elevación” de Cristo es, así, el comienzo de su victoria: desde la cruz, como un imán divino, ejercerá una influencia universal, todo lo atraerá hacia Sí.

Se diría que en el relato de la pasión de San Juan, Cristo avanza hacia la Cruz con majestad. Sube a ella, la Cruz triunfalmente; allí funda su Iglesia “don del espíritu” y haciendo que de su costado mane “la sangre y el agua”.

Jesús será allí la nueva serpiente, no como aquella del Génesis que en el Paraíso terrenal sedujo a nuestros primeros padres, y siguió seduciendo al pueblo elegido a lo largo de su historia. Jesús se hizo a sí mismo serpiente para librarnos de la antigua serpiente por cuya envidia, la muerte se introdujo en el mundo. Se hizo muerte para librarnos de la muerte. Por eso su elevación sobre la cruz es ya el preludio de la victoria, es la esencia del Misterio Pascual: proceso de muerte y de glorificación. Del seno del sepulcro brota la vida, vida que de la tierra se eleva, asciende, hasta el cielo.

En adelante habrá que mirar la que traspasaron, pues la Fe se dirige al crucificado, cuya cruz es el signo vivo de la salvación.

Durante la estación de penitencia, presentamos ante el pueblo este misterio. Que encuentra precisamente su momento, más relevante en la Semana Santa. Levantemos los ojos hacia Cristo, elevado en la cruz, con la misma confianza con que los judíos del desierto miraron a la serpiente de bronce. Y así no pereceremos. Miremos a Cristo elevado y hagamos que todo el pueblo lo contemple alzado para que claven también en él sus ojos, y creamos firmemente en Él, porque como nos dice el Evangelio: “Tanto amó Dios al mundo que entregó su Hijo Único, para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna”.

Nuestra mirada a Cristo en la Cruz habrá de ser, entonces, una mirada de fe, una mirada de confianza. Porque sabemos que Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar a los hombres, sino para que se salven por Él. Por eso, acerquémonos nosotros a Cristo, nuestra luz, nuestra serpiente, como lo llama San Ambrosio, con toda confianza, con toda humildad, mirémosle en los ojos... y creamos.

## **Reflexión personal: “Stat crux dum volvitur orbis**

Miramos al Cristo de la Buena Muerte y pidamos al Señor que sea nuestro Camino, Verdad y Vida, en el tiempo y en lo eterno.

Los cartujos adoptaron en sus monasterios un lema que conserva toda su fuerza: “Stat crux dum volvitur orbis”: la cruz permanece en pie, mientras el mundo gira.

Las crisis económicas, las catástrofes por terremotos o huracanes, las desgracias que surgen con las guerras y la delincuencia, recuerdan a cada generación una verdad que olvidamos en los tiempos de bonanza: nada en el mundo permanece, todo lo material y humano está sometido a la ley del cambio.

La cruz de Cristo, sin embargo, conserva la vitalidad y la fuerza de su mensaje para cada generación, para cada pueblo, para cada persona, para cada circunstancia de la vida. Porque en medio de las guerras y los crímenes la cruz consuela a las víctimas e invita a los verdugos al arrepentimiento.

Porque en los periodos de sequía y de hambre la cruz mueve los corazones para que sepan compartir sus alimentos (pocos o muchos) con quienes viven en medio de la miseria.

Porque en los momentos de bendiciones y de paz la cruz invita a no apegarnos a lo pasajero y a usar del dinero y de los bienes materiales para compartirlos con los más necesitados.

Porque en los tiempos de crisis y de bancarrota la cruz permite mirar hacia el cielo y reconocer que el dinero no lo es todo.

Porque en la hora de la enfermedad y de la muerte la cruz consuela y acompaña al enfermo y a sus familiares y permite emprender la última travesía agarrados a un madero de esperanza, según una famosa expresión de san Agustín.

Porque, en definitiva, lo único importante en la vida humana, con sus penas y sus alegrías, sus fiestas y sus funerales, consiste en dejarse abrazar por Jesús el Nazareno, en acoger su Sangre bendita, en suplicarle el perdón de nuestras culpas, y en ofrecerle un gesto de caridad en quienes lo necesitan: los enfermos, los pobres, los ancianos, los desilusionados por los mil avatares de la vida.

El mundo gira y cambia, la cruz sigue en pie. Vale la pena recordarlo, mientras miramos a un crucifijo y le pedimos al Señor que sea nuestro Camino, nuestra Verdad, nuestra Vida, en el tiempo y en lo eterno.

Tenemos como cristianos la obligación de presentar en alto el único estandarte que define nuestra fe y nuestro sentir: la Cruz

*José Mario Pérez Sánchez.  
Director espiritual*